

cuestión de estilo

SE ha planteado demasiadas veces el problema de la importancia del guión o de la base literaria que sustenta una película, y el de hasta qué punto una puesta en escena inadecuada a esa base literaria puede dar al traste con ella. No es caso de volver ahora sobre ello, ni de repetir una vez más que, si es difícil que de una base literaria inválida puede surgir una buena película, no lo es menos que con una puesta en escena ineficaz pueda conservar su validez la idea literaria que en su origen extracineamatográfico la tuviera. Viene todo esto a cuento de dos películas recientemente estrenadas en Madrid y en las que, por esta causa, se viene abajo no sólo lo que se llama —en una distinción artificiosa y sólo justificable en contadas ocasiones en función de una convención metodológica— el «contenido», sino la obra en su totalidad. Se trata de dos películas realizadas con corrección, con medios abundantes, con actores de prestigio; de dos películas pertenecientes a distintos géneros y a distintas escuelas cinematográficas nacionales... Las dos han fallado por la misma causa, porque el tratamiento cinematográfico era el más inadecuado a los temas tratados o al concepto con que los guiones estaban planteados.

«La visita del rencor» es la adaptación de «La visita de la vieja dama», la obra teatral de Dürrenmatt que se estrenó hace unas temporadas en el Teatro Español. Aparte los cambios anecdóticos introducidos en la versión cinematográfica —referentes a la edad de la protagonista, el romanticismo de ciertas relaciones, etc.—, se ha traicionado totalmente al autor en lo que se refiere a la impostación de la obra, a su tono, a su estilo. Lo que en Dürrenmatt era una tragedia grotesca, tratada en un estilo abiertamente expresionista, se convierte al pasar a la pantalla en un drama naturalista con ribetes románticos y, así, todo el poder corrosivo, toda la crueldad de la obra básica, se difuminan aquí al convertirse lo colectivo en individual y lo político en policíaco o poco menos. Siendo las escenas casi las mismas, en cuanto a su esqueleto, que las de la obra original, se convierten en algo no ya sólo distinto, sino opuesto, en virtud de la encarnadura que se les ha dado, de la equivocada realización cinematográfica, del error en el estilo empleado. Otro tanto ocurre —aunque la cosa sea menos importante— con «Ella y sus maridos». La menor importancia del resultado negativo no es debida ya a que en este caso no se trate de la invalidación de una de las obras más importantes del teatro contemporáneo, sino de que aquí lo único que ostentaba verdadera categoría era el guión en cuanto tal, en cuanto a perfecta obra de artesanía llena de ingenio e invención, muy por encima de la idea argumental que le servía de base, y cuyos defectos saltan a primer plano y sobrepasan los aciertos de guión en función del inadecuado tratamiento cinematográfico. La película, en efecto, pudo haber sido una gran comedia musical. Adolph Green y Betty Compden, a quienes se debe el libro de las mejores obras del género producidas por la Metro en los años cuarenta y tantos y cincuenta, han realizado un trabajo brillante, que podía tapar la moral totalmente inadmisibles, por reaccionaria, del tema; pero para que en la pantalla se hubiera logrado el resultado apetecido no bastaba con un reparto lleno de estrellas, sino que hacía falta, sobre todo, un estilo que es lo más opuesto al del hábil fabricante que ha realizado la película. Así queda una terne ilustración en imágenes, que ni siquiera son siempre brillantes, de una fábula estúpida cuya moraleja se nos repite con machacona insistencia.

Estamos, pues, ante dos películas que pudieron ser buenas, que tenían sobre el papel los elementos para serlo. Pero, como ocurre siempre, resulta que las películas no se hacen sobre papel, sino sobre celuloide. Y a la hora de llevarlas al celuloide, sus autores —o digamos, si se prefiere, sus responsables— se han equivocado. Se han fiado al papel, a las estrellas importantes en el reparto, a los decorados, y han olvidado que cada película, cada tema, requieren un estilo determinado. Bien es verdad que ni Wicki —«El puente»— ni Lee Thompson —«Los cañones de Navarone»— habían demostrado hasta el presente estar en posesión de uno, y que géneros tan difíciles como la tragedia grotesca —casi un «esperpento» en el caso de «La visita...»— o la comedia musical exigen tenerlo y muy fuerte y personal. Pero podía esperarse, sin demasiada confianza, que el plato servido en bandeja que suponían en un caso el tema y en otro el guión, al margen de los elementos materiales puestos a su disposición, les hubiera hecho —si no encontrarlo—, al menos, buscar un estilo válido. No lo han hecho así. Y han demostrado, una vez más, que sin este elemento fundamental todos los demás desaparecen.

CESAR SANTOS FONTENLA

esta es MIAMI!

Una de las cinco componentes de la gran familia de estufas MILAR



P. V. P.
1.925 Ptas.

ES EL POPULAR MODELO, A PETROLEO, IDEAL PARA EL HOGAR

Sólida, portátil y de bella línea.
Fácil sistema de recarga, con depósito cambiante, en pleno funcionamiento.
Consumo: 1 litro cada cuatro o cinco horas de fuego.
Calor mantenido y amable: 2.500 cal. hora.

MILAR
INTERNACIONAL

CALOR DE HOGAR CON... MILAR